

EL LEÓN DE ORO

LOS

IMPERDIBLES

OTROS LIBROS DE WILBUR SMITH
EN DUOMO:

Como el mar

En peligro

Río sagrado

El destino del cazador

El séptimo papiro

El dios del desierto

Venganza de sangre

WILBUR SMITH
Y GILES KRISTIAN

EL LEÓN DE ORO

Traducción de Josep Escarré



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2017

Título original: *Golden Lion*

© Orion Mintaka (UK) Ltd 2015

Publicado por primera vez en HarperCollins Publishers

© de la traducción, 2017 por Josep Escarré Reig

© de esta edición, 2017 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-34-7

CÓDIGO IBIC: FA

DL B 2104-2017

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

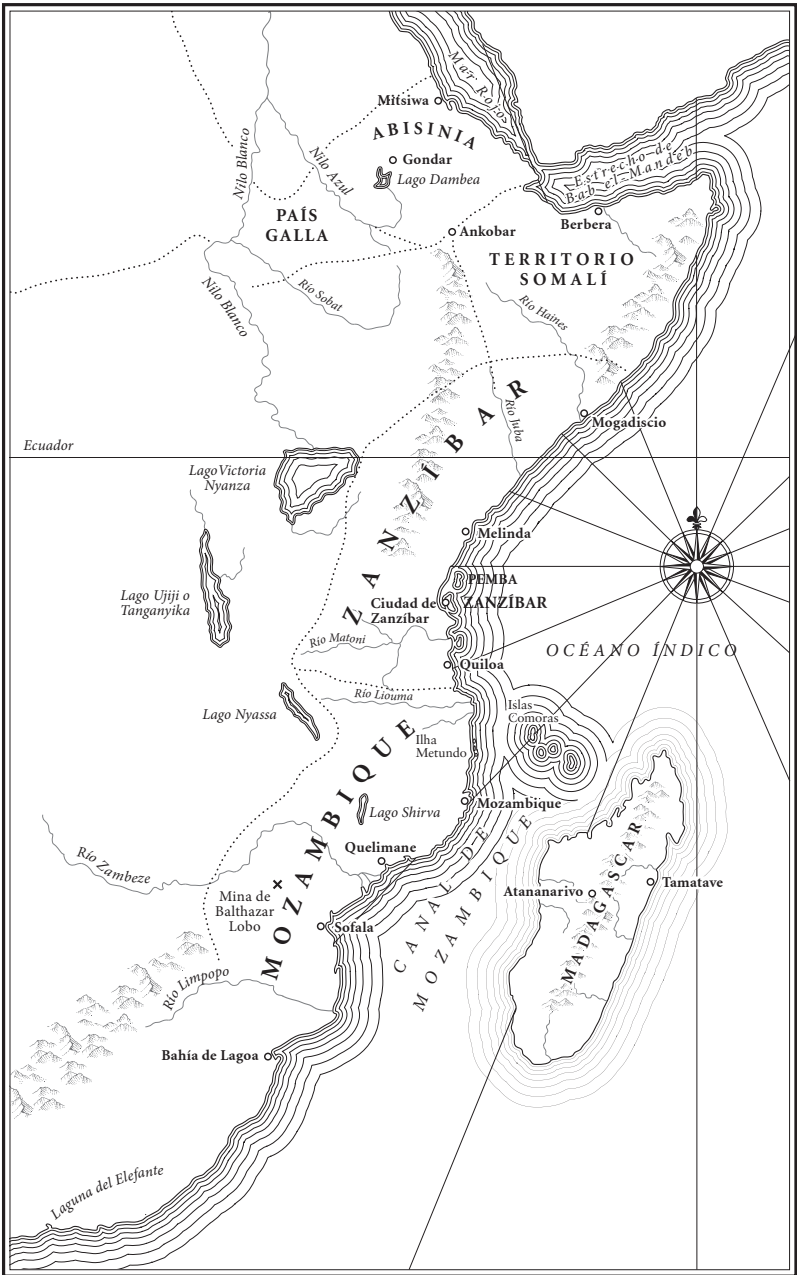
Impreso en Italia

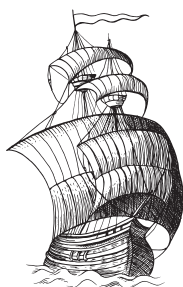
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedico este libro a Niso, mi esposa.

Desde el día en que nos conocimos, ella ha sido una constante y poderosa inspiración para mí, animándome cuando flaqueo y entusiasmándose cuando logro mi objetivo. Sinceramente, no sé qué haría si ella no estuviera a mi lado. Espero y rezo para que nunca llegue ese día.

No puedo expresar con palabras lo mucho que te quiero y te adoro, eres la mejor.





Habían dejado de ser hombres. Ahora eran los desechos de una guerra que el océano Índico había arrojado a las arenas rojas del continente africano. La mayoría de los hombres fueron destrozados por la metralla o por las afiladas espadas de sus enemigos. Otros se habían ahogado, y, mientras se iban descomponiendo, los gases acumulados en sus barrigas los habían hecho emerger de nuevo a la superficie, como si fueran tapones de corcho. Las aves marinas carroñeras y los tiburones habían celebrado un festín con ellos. Por último, unos pocos habían sido arrastrados por las olas hasta la playa, donde los depredadores humanos los estaban esperando para encargarse nuevamente de ellos.

Dos niños pequeños corrían delante de su madre y de su abuela por la orilla, chillando de emoción cada vez que descubrían algo, por insignificante que fuera, que el mar había llevado hasta allí.

—¡Aquí hay otra! —gritó el mayor de ellos en somalí.

Señaló hacia delante, donde estaba una tabla de madera de un barco que había sido arrastrada hasta la orilla junto con un largo trozo de vela desgarrada. Estaba pegada al cuerpo de un hombre blanco que se había atado a la tabla con

una cuerda de cáñamo mientras aún seguía con vida. Ahora, los dos niños miraban su cadáver, riéndose.

–¡Los pájaros le han picoteado un ojo! –gritó el mayor.

–Y los peces le han mordido un brazo –se regodeó su hermano pequeño, para no ser menos.

Una tira de la vela desgarrada, que, obviamente, aquel hombre había cogido cuando aún estaba vivo, estaba atada en torno al muñón de su brazo amputado, a modo de torniquete. Su ropa, chamuscada a causa del fuego, colgaba hecha jirones de su esquelético cuerpo.

–¡Mira! –exclamó el hermano mayor–. Mira la hebilla del cinto de la espada. Debe de ser de oro o plata. ¡Vamos a ser ricos!

Se arrodilló junto al cuerpo y tiró de la hebilla. Cuando lo hizo, el muerto se quejó con una voz hueca y ladeó la cabeza, mirando a los niños con su único ojo. Los dos hermanos lanzaron un grito, horrorizados, y el mayor soltó la hebilla y se levantó de un brinco. Se fueron corriendo hacia donde estaba su madre y se agarraron a sus faldas, gimiendo y lloriqueando, presas del pánico.

La madre corrió para examinar el botín, tirando de sus hijos, aún agarrados a sus faldas. La abuela los siguió, cojeando. Su hija se dejó caer de rodillas junto al cuerpo del hombre y lo abofeteó con fuerza en la cara. Él volvió a quejarse.

–Zinky tiene razón. El *ferengi* sigue vivo.

La mujer se metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó la hoz con la que cortaba la hierba que daba de comer a las gallinas.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó su madre, jadeando después de la carrera.

–Cortarle la garganta, por supuesto –respondió, agarrando el pelo empapado del hombre y tirando de él hacia atrás, para dejar a la vista su cuello–. No tengo ganas de discutir con él sobre a quién pertenecen el cinto y la hebilla.

Colocó la hoja curva en un lado del cuello. El hombre tosió débilmente, pero no se resistió.

—¡Espera! —ordenó la abuela, de pronto—. He visto antes esa hebilla, cuando estuve en Yibuti con tu padre. Este hombre es un gran señor *ferengi*. Es el dueño de su propio barco y posee grandes riquezas. Si le salvamos la vida, nos lo agradecerá y puede que nos dé una moneda de oro, ¡o incluso dos!

Su hija no parecía muy convencida. Le estuvo dando vueltas a la idea un rato, sin apartar la hoja del cuello de aquel hombre.

—¿Y si resulta que su bonita hebilla de metal tiene un gran valor?

—Nos la quedaremos, por supuesto. —La falta de agudeza de su hija la exasperaba—. Y si alguna vez pregunta por ella, le diremos que nunca la hemos visto.

Su hija apartó la hoz de la garganta del hombre.

—Entonces, ¿qué hacemos con él?

—Lo llevaremos al médico de la aldea.

—¿Cómo?

—Lo tenderemos de espaldas en ese trozo de *lembu*. —Señaló la vela enrollada en la tabla—. Tú y yo tiraremos de él. —Se volvió para mirar a sus nietos con severidad—. Los chiquillos nos ayudarán, naturalmente.

El hombre gritaba mentalmente, porque sus cuerdas vocales estaban tan secas y agrietadas, tan castigadas por el humo y las llamas, que el único sonido que eran capaces de emitir era un silbido tembloroso y aflautado, tan patético como el aire que se escapa de un fuelle roto.

En otro momento, hacía apenas uno o dos meses, se había enfrentado a una tormenta, sonriendo con salvaje regocijo mientras el viento y la espuma del mar azotaban su curtido

rostro. Ahora, sin embargo, la cálida brisa con perfume de jazmín que se colaba sutilmente en la estancia a través de las ventanas abiertas se le antojaba un manojito de espinas arrancándole la piel a tiras. El dolor lo consumía, lo flagelaba, y, aunque el médico que le estaba quitando las vendas de la cara trataba de hacerlo con el mayor cuidado posible, cada pedazo de piel que quedaba al descubierto era la puñalada de un estilete que lo sumía en una pura agonía. Y con cada cuchillada le venía un nuevo y no deseado recuerdo de la batalla: el calor abrasador y el brillo de las llamas, el ruido ensordecedor de los disparos y la madera quemándose, el crujido de las tablas rompiéndose contra sus huesos...

—Lo siento, pero no puedo hacer nada más —murmuró el médico, a pesar de que el hombre al que se dirigía no hablaba árabe.

El médico tenía una barba fina de color plateado y unas profundas y arrugadas bolsas de color cetrino bajo los ojos. Llevaba ejerciendo su profesión desde hacía casi cincuenta años y había adquirido un venerable aire de sabiduría que solía tranquilizar a la mayoría de los pacientes que estaban bajo sus cuidados. Pero aquel hombre era diferente. Sus heridas eran tan graves que ni siquiera debería estar vivo, y mucho menos tumbado en una cama. Le habían amputado un brazo, solo Alá el misericordioso sabía cómo. En el mismo lado del cuerpo, su caja torácica parecía la tabla de un barril astillada por un hacha de guerra. Gran parte de su piel aún estaba quemada y llena de ampollas; el perfume de las flores que crecían en abundancia debajo de la ventana abierta lo enmascaraba el olor de la carne abrasada y el repugnante hedor de pus y putrefacción que desprendía su cuerpo.

El fuego se había cebado con las extremidades de aquel hombre. Dos dedos de la mano que le quedaba habían sido

reducidos a sendos muñones de hueso chamuscados que el médico también había serrado, junto con seis de los diez dedos de los pies. Había perdido el ojo izquierdo, que le habían picoteado las aves marinas carroñeras. El párpado del otro ojo estaba tan quemado que ahora solo podía ver sin parpadear. Sin embargo, la de la visión no era la más grave de sus pérdidas: el miembro viril del paciente era poco más que un muñón carbonizado de un tejido lívido y lleno de cicatrices. Cuando se levantara del lecho –en el caso de que algún día llegara a hacerlo– y quisiera orinar, se tendría que poner en cuclillas, como hacen las mujeres. Cuando deseara satisfacer a una amante, solo podría hacerlo con la boca, aunque las posibilidades de que alguna mujer dejara que aquellas fauces se acercaran a cualquier parte de su cuerpo, aun cuando le pagaran por ello, eran sin duda alguna muy remotas.

Aquel hombre solo podía haber sobrevivido porque era la voluntad de Dios. El médico suspiró para sí mismo y sacudió la cabeza cuando, tras quitarle los vendajes, observó los daños. No, una atrocidad como esa no podía ser obra de Alá, el omnipotente y el misericordioso. Aquello debía de ser obra de Shaitán, del diablo en persona, y era evidente que el monstruo que tenía delante no era mejor que un demonio con forma humana.

El médico habría tardado tan solo un momento en acabar con aquel ser satánico que antes había sido un hombre, y así evitaría los horrores que sin duda alguna llevaría a cabo si lo dejaba vagar por el mundo. Entre sus medicinas tenía una dulce y melosa tintura que aliviaría el dolor que atenazaba a aquel hombre antes de dormirlo y luego, con la dulzura de una caricia femenina, detendría para siempre su corazón. Sin embargo, el maharajá Sadiq Khan Jahan había mandado un mensaje desde Etiopía diciendo que, por encima de todo,

aquel hombre debía ser trasladado a su residencia en Zanzíbar y tratado con especial cuidado.

Sin duda alguna, pensaba Jahan, había sido cosa de la divina providencia que alguien hubiese sobrevivido a un incendio, a la amputación de un brazo, a la pérdida de un ojo, a un naufragio y a las quemaduras del sol durante horas o días, antes de que los niños de una aldea lo encontraran en la playa.

Así pues, el médico fue informado de que la supervivencia de aquel paciente sería recompensada con una generosidad sin límites, del mismo modo que su muerte sería castigada con extrema severidad. A lo largo de su carrera había puesto fin al sufrimiento de muchos pacientes, pero estaba claro que aquel no sería uno de ellos. Aquel hombre viviría. El médico estaba absolutamente seguro de ello.

El hombre solo podía intuir un destello de luz, pero a medida que la mano del médico se movía en torno a su cabeza para ir quitándole las capas del vendaje, la luz se hacía menos tenue. Se dio cuenta de que la luz le llegaba a través del ojo derecho. Aunque con el izquierdo no podía ver nada, aún podía sentir su presencia, porque la sensación de escozor era horrible. Trató de parpadear, pero solo le obedeció el párpado derecho. Levantó la mano izquierda para frotarse el ojo, pero la mano no estaba allí. Por un segundo, había olvidado que hacía mucho tiempo que había perdido el brazo izquierdo. Al recordarlo, fue consciente de que el muñón también le escocía. Levantó el brazo derecho, pero sintió que le agarraban la mano con fuerza y escuchó de nuevo la voz del médico. No entendió ni una palabra, pero le quedó muy claro el sentido de lo que le decía: nada de moverse.

Notó una compresa fría sobre los ojos que le calmó un poco el escozor. Cuando la retiraron, fue recuperando poco a

poco la visión. Vio una ventana, y, más allá, el azul del cielo. Un anciano árabe vestido con una túnica y un turbante blancos estaba inclinado sobre él, desenrollando el vendaje con una mano y recogéndolo con la otra. Dos manos, diez dedos: qué raro le resultaba mirarlos con tanta envidia...

Había alguien más en la estancia: un hombre mucho más joven que estaba de pie, detrás del médico. Por los rasgos de su rostro y el color de su piel parecía de las Indias Orientales, pero la camisa de algodón blanca y los calcetines y pantalones que llevaba eran de estilo europeo. Por sus venas también corría algo de sangre blanca: el hombre que yacía en la cama pudo ver que el marrón asiático de la tez de aquel joven se había diluido con un tinte de color rosa pálido. Mirándolo, le preguntó:

—¿Hablas inglés?

Sus palabras no se escucharon, porque su voz era apenas un susurro. El hombre hizo un gesto con su mano derecha, que era más bien una garra inútil, indicándole al joven mestizo que se acercara. Este lo hizo, aunque tuvo que realizar un gran esfuerzo para no dejar de mirar con repulsión aquel rostro que se iba haciendo más grande y nítido a medida que se acercaba a él.

—¿Hablas inglés? —repitió el hombre que estaba tumbado en la cama.

—Sí, señor.

—Entonces, dile a ese maldito árabe que... —Se interrumpió para respirar, haciendo una mueca cuando el aire rasgaba sus pulmones castigados por el humo y el fuego—. Que no sea tan pusilánime con los vendajes... —A otra exhalación le siguió un breve y agudo gemido de dolor—. Que me quite esta cosa de una vez...

El joven tradujo lo que había dicho y los vendajes se quitaron con mucha más rapidez. Ahora que no tenía que andarse

con sutilezas, las manos del doctor resultaban más rudas. Era evidente que la traducción había sido literal.

Aunque el dolor aumentó, el hombre que yacía en la cama empezaba a disfrutar de una forma perversa de su agonía. Había decidido que se trataba de una fuerza –como el viento o el mar– a la que podía enfrentarse y dominar. No se dejaría vencer por ella. Esperó hasta que le quitaron de la cabeza el último trozo de fétida y nauseabunda tela manchada de sangre y piel en carne viva y dijo:

–Dile que me traiga un espejo.

El joven abrió unos ojos como platos. Habló con el médico, que sacudió la cabeza y empezó a parlotear mucho más deprisa y en voz mucho más alta. Era evidente que el joven estaba haciendo todo lo posible para razonar con él. Al final se encogió de hombros, movió las manos con un gesto de exasperada derrota y se volvió hacia la cama.

–Dice que no piensa hacerlo, señor.

–¿Cómo te llamas, muchacho? –preguntó el hombre malherido.

–Alhuda, señor.

–Muy bien, Alhuda. Dile a ese terco bastardo que soy amigo íntimo... No, que soy compañero de armas de Ahmed El Grang, rey de los omaníes, y también del maharajá Sadiq Khan Jahan, el hermano menor del Gran Mogol. Dile que esos dos hombres aprecian mucho el servicio que les he prestado y que se sentirían muy ofendidos si llegaran a enterarse de que un viejo y flacucho matasanos se niega a hacer lo que le he pedido. Así pues, dile, por segunda vez, que me traiga un maldito espejo.

Agotado por la diatriba, el hombre se apoyó de nuevo sobre los cojines y vio cómo sus palabras eran comunicadas al médico, cuya actitud, ahora, se transformó como por arte de magia. Inclino la cabeza, se postró, se alejó por la estancia a

notable velocidad teniendo en cuenta su edad y regresó, un poco más despacio, con un gran espejo ovalado en cuyo brillante marco había un mosaico de colores. Era un objeto muy pesado, y el médico le pidió ayuda a Alhuda para sostenerlo sobre la cama en una posición que permitiera al paciente echar un vistazo a su aspecto.

Por un momento, el hombre que estaba tumbado en la cama se quedó conmocionado con lo que vio. El iris del ojo que había perdido la visión era de un color azul apagado y estaba rodeado por un círculo de un blanco inyectado en sangre. Debajo de él, la mejilla había sufrido unas quemaduras tan graves que tenía un agujero del tamaño del puño de una mujer que dejaba ver claramente la mandíbula y los dientes debajo de la piel. Tenía todo el pelo quemado, salvo por un pequeño mechón de color rojizo que le crecía justo encima de la oreja derecha; la piel del cuero cabelludo apenas era visible debajo de todas las costras y llagas que la cubrían. Parecía un cadáver que hubiera permanecido una o dos semanas bajo tierra. Pero ese, pensó, era exactamente el aspecto que debía tener, porque lo cierto era que ya no estaba vivo. En otros tiempos había sentido un gran entusiasmo por la vida. Se sumergía en sus placeres, ya fuera bebiendo, fornicando, apostando, luchando o agarrándose a cuanto tenía a mano. Ahora, sin embargo, todo eso le había sido arrebatado. Su cuerpo era una piltrafa y su corazón estaba tan frío como una tumba. Y aun así, no estaba todo perdido. Había una fuerza en su interior, y podía sentir cómo emergía para reemplazar sus antiguos impulsos y deseos. Era tan poderosa como el impetuoso torrente de un río, solo que llevaba bilis en vez de agua. Porque aquello era una inundación de ira, amargura, odio y, sobre todo, de un abrumador deseo de venganza contra quien lo había reducido a ese lamentable estado.

El hombre miró a Althuda con su único ojo sano y dijo:
–Te he preguntado cómo te llamabas, pero ¿sabes tú cuál es mi nombre?

–No, señor.

Una esquelética mueca apareció en el rostro del hombre, en lo que era una espantosa parodia de una sonrisa.

–Entonces te lo voy a decir. Me llamo Angus Cochran. Soy un escocés orgulloso y mi título es el de conde de Cumbrae.

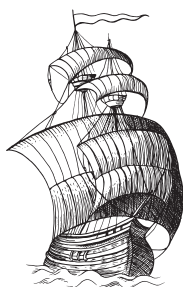
Althuda abrió unos ojos como platos, horrorizado al conocer su identidad.

–Es... Es el hombre al que llaman el Buitre –dijo, resollando.

–Sí, ese soy yo. Y si sabes eso, es posible que también hayas oído hablar del hombre que me hizo esto, un inglés petulante que responde al nombre de Hal Courtney. Oh, sí, ya veo que te suena, ¿no es así, muchacho?

–Sí, señor.

–Bueno, pues déjame que te diga una cosa: voy a encontrar a Courtney, no importa el tiempo que me lleve o lo lejos que tenga que ir. Voy a acabar con él. Y me voy a remojear el gaznate con su sangre.



La batalla había barrido de un extremo a otro la meseta de Kebassa, al noreste de Etiopía, desde poco después del amanecer hasta que la luz del día empezó a apagarse. Ahora, el clamor había cesado y lo habían sustituido los triunfantes hurras de los vencedores, las desesperadas súplicas de clemencia de sus derrotados enemigos y los gritos lastimeros de los heridos pidiendo agua o, si su final estaba próximo, invocando a sus madres. Un ejército de etíopes cristianos había infligido una tercera y abrumadora derrota a las huestes musulmanas que se habían levantado en armas por orden del Gran Mogol para invadir sus tierras. Las dos primeras habían resultado ilusorias, y la sensación de seguridad que pudieron generar se demostró enseguida que era infundada. Pero esta victoria había sido tan aplastante que no admitía discusión alguna. Las fuerzas del enemigo habían sido derrotadas en tierra firme, y los barcos que habían intentado cruzar el mar Rojo desde Aden a la costa de Eritrea con suministros y refuerzos fueron hundidos por el navío que navegaba por esas aguas en solitario, la fragata inglesa *La Rama Dorada*. El navío había sido enviado en busca de objetivos financieros. Ahora, su capitán lo gobernaba al servicio de la libertad y para defender la más importante reli-

quia religiosa de Etiopía y, de hecho, de toda la cristiandad: el tabernáculo donde los judíos habían guardado las tablas de la ley que Moisés había bajado del monte Sinaí y donde se decía que ahora se custodiaba el Santo Grial.

Detrás de las líneas etíopes se había montado una enorme tienda de campaña. Una compañía de soldados vestidos con corazas y cascos de acero hacía guardia en la entrada. En su interior había unos preciosos tapices colgados que representaban escenas de la vida de Cristo. Los habían tejido con sedas cuyos colores brillaban como piedras preciosas a la parpadeante luz de una docena de antorchas y una miríada de velas, mientras que los halos que rodeaban la cabeza del Salvador resplandecían con hilos de oro puro.

En el centro de la tienda había una mesa grande en la que habían construido una maqueta del campo de batalla y de sus alrededores. Las colinas tenían todos los detalles topográficos: los arroyos, los ríos y los lagos estaban pintados de azul, al igual que uno de los lados de la maqueta, que evocaba el mar. Unas figuritas de marfil exquisitamente talladas representaban a los soldados de infantería, caballería y artillería, colocados a ambos lados. Al alba, habían sido distribuidos en una perfecta réplica de las órdenes de batalla de ambos ejércitos, pero ahora la mayoría de las figuritas que representaban a las fuerzas árabes habían sido derribadas o retiradas de la mesa.

El ambiente de la tienda era de retraimiento. Una figura alta e imponente que vestía con un hábito estaba enfrascada en una conversación con un grupo de oficiales. La barba gris le llegaba casi hasta las rodillas y su pecho lo adornaban tanto cruces de oro y cadenas con cuentas de rosario como las medallas e insignias de su rango. El murmullo de las voces de aquellos hombres contrastaba con los agudos chillidos de emoción y deleite procedentes de la cercana mesa.

–¡Bang! ¡Bang! ¡Toma eso! –gritaba un niño pequeño. En la mano tenía una figurita de un soldado de caballería etíope, montado en un poderoso semental, que movía de un extremo a otro de la mesa mientras iba derribando a todos los soldados árabes que aún seguían en pie después de la batalla.

Entonces, un guardia apartó la lona de la entrada de la tienda y apareció un soldado con una túnica de lino blanco sobre una camisa de cota de malla cuyo diseño parecía más pensado para resaltar el esbelto cuerpo de quien la llevaba que para protegerlo de verdad.

–¡General Nazet! –gritó el niño pequeño, dejando caer el soldado de juguete y corriendo por el suelo alfombrado para agarrarse a las piernas revestidas de acero del soldado, sobre las que aún seguían brillando las salpicaduras húmedas de color escarlata de la sangre del enemigo. Acto seguido, las abrazó con la misma fuerza con la que se habría acurrucado contra el suave y protector pecho de su madre.

La general se quitó el casco con penacho, dejando al descubierto unos tupidos rizos negros que, tras un rápido movimiento de la cabeza, cobraron vida, formando un círculo cuyo sorprendente parecido con uno de los halos de los tapices realzó el brillo dorado de las velas. No había ninguna señal del sudor ni del polvo de la batalla en la piel lisa y ambarina de la estrecha y delicada nariz ni en la lampiña línea de la mandíbula; ningún indicio de tensión o cansancio en su voz suave y calmada cuando dijo:

–Majestad, tengo el honor de informaros de que la victoria de vuestro ejército es total. El enemigo ha sido derrotado y sus fuerzas están en retirada.

Su muy cristiana majestad Iyasu, rey de reyes, gobernador de Galla y Ahmara, defensor de la fe de Cristo Crucificado, se soltó de las piernas de la general, dio un paso hacia atrás y luego empezó a dar saltos, aplaudiendo y lanzando hurras.

Los oficiales se acercaron y felicitaron a su camarada con más sobriedad, estrechándole la mano y dándole palmaditas en el hombro mientras el sacerdote ofrecía una bendición y una oración de gratitud.

La general Nazet aceptó su agradecimiento de buen grado y dijo:

–Y ahora, majestad, debo pedirlos un favor. En una ocasión anterior renuncié a mi puesto como jefe de vuestras fuerzas, pero las circunstancias han cambiado. Mi emperador y mi país me necesitaban, y mi conciencia nunca me habría permitido volverle la espalda a mi deber. Así pues, me puse la armadura y empuñé mi espada una vez más. Era un general y estaba a vuestras órdenes. Pero también soy una mujer, majestad, y como tal pertenezco a un hombre. Él me permitió volver a ponerme a vuestro servicio, y ahora, con vuestro permiso, deseo volver junto a él.

El niño se quedó mirándola. Frunció el ceño, pensativo.

–¿Ese hombre es el capitán Courtney? –le preguntó.

–Sí, majestad –contestó Judith Nazet.

–¿El inglés de mirada extraña y ojos verdes como las hojas de los árboles?

–Sí, majestad. Lo aceptasteis en la Orden del León de Oro de Etiopía como recompensa por su valor y los servicios a la nación. ¿Os acordáis?

–Sí, me acuerdo –repuso Iyasu, con una vocecilla inesperadamente triste. Luego preguntó–: ¿Vais a ser un padre y una madre? –El pequeño emperador frunció los labios y torció la boca, tratando de comprender por qué de repente se sentía tan desgraciado. A continuación dijo–: Me gustaría tener un padre y una madre. Tal vez tú y el capitán Courtney podríais ser como una madre y un padre para mí...

–Bueno, majestad, ahora no creo que eso... –empezó el clérigo. Pero el niño no lo estaba escuchando. Dedicaba toda

su atención a Judith Nazet, que se había puesto en cuclillas y le tendía los brazos.

Iyasu se abalanzó sobre ella una vez más, y en esta ocasión lo hizo como lo haría un hijo con su madre, apoyando la cabeza sobre el hombro de Judith y sumergiéndose en su abrazo.

–Bueno, bueno –dijo ella–. No os preocupéis. ¿Os gustaría venir conmigo para ver el barco del capitán Courtney?

El chiquillo asintió, sin decir nada.

–Tal vez podríais disparar uno de los cañones. Eso sería divertido, ¿no?

Después de asentir nuevamente con la cabeza sobre el hombro de Judith, Iyasu sacó la cara de entre los pliegues de su túnica, levantó los ojos hacia ella y, en voz baja, le dijo:

–Vas a zarpar con el capitán Courtney, ¿verdad?

–Así es.

–Por favor, no te vayas –le dijo Iyasu, y entonces, con desesperada determinación, gritó–: ¡Te ordeno que no te vayas! ¡Tienes que obedecerme! ¡Dijiste que era tu obligación!

Entonces empezaron a saltarle las lágrimas y, sollozando, el pequeño se desplomó de nuevo sobre el hombro de Judith. El clérigo dio un paso hacia su joven señor, pero Judith levantó la mano.

–Un momento, obispo. Deje que sea yo quien resuelva esto.

Judith dejó que Iyasu siguiera llorando un poco más hasta que estuvo más tranquilo y luego le secó los ojos con su túnica.

–Ahora –dijo– ya sabéis que os quiero mucho, ¿no es así, majestad?

–Sí.

–Y que a pesar de que me vaya, por muy lejos que esté, siempre os querré y me acordaré de vos. Pensad que si visito

países tan lejanos como Inglaterra o Francia os podré escribir y contar las cosas maravillosas que vea allí.

–¿Prometes que me escribirás?

–Os doy mi palabra de soldado, majestad.

–Y si subo al barco del capitán Courtney, ¿me dejará disparar un cañón?

–Le ordenaré que os deje hacerlo. Y puesto que yo soy general y él es solo capitán, tendrá que obedecerme.

El emperador Iyasu lo estuvo reflexionando un momento, lanzó un largo suspiro, se separó de Judith y dijo:

–Obispo Fasilides, le ruego que sea bueno y le diga al general Nazet que tiene mi permiso para marcharse.